

## JOÃO CABRAL ENTRE VOLCANES

EN: JOÃO CABRAL DE MELO NETO. *Vivir en los Andes. Poemas Ecuatorianos*, Edición conmemorativa del Centenario de su Nacimiento, Embajada del Brasil en Quito, 2020; pp. 15-24.

En alguna ocasión Javier Vásconez me sorprendió al contarme que el poeta, un hombre silencioso y enjuto, solía visitar su librería El Cronopio que mantenía hacia fines de los años 70 en el barrio Mariscal. Habrá sido a mediados de 1994, cuando nos enteramos que se había concedido el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana a João Cabral de Melo Neto, el gran poeta que había sido Embajador de Brasil en el Ecuador entre 1979 y 1981. Vásconez recordaba que ese señor austero llegaba a la librería y, aunque se le ofreciera una butaca cómoda que había en un rincón, prefería sentarse en un banco de madera. Ojeaba algunos libros, en silencio. Pocos, muy pocos sabían entonces que en Quito vivía uno de los mayores poetas de la lengua portuguesa y de América Latina. Un poeta que, además, como habían señalado Ángel Crespo y Pilar Gómez Bedate un par de décadas antes, era «el escritor brasileño contemporáneo más directamente relacionado con la vida y la literatura españolas»<sup>1</sup>, que conocía a fondo la tradición poética que iba del *Mío Cid* y Gonzalo de Berceo hasta Jorge Guillén y sus contemporáneos. Lo cual, añadido a su gran poesía, justificaba plenamente que se le otorgase el referido Premio Reina Sofía.

Esa imagen de sobriedad y concentración extrema del hombre que iba a sentarse en el banco de la librería da cuenta del talante del poeta de *Vivir en los Andes*, los diez poemas escritos durante su estancia en el Ecuador que aparecieron publicados en su libro *Agrestes* (1985). El conjunto de poemas que Cabral dedicó a nuestro paisaje andino trasluce algunos componentes centrales de su poética. El primero, sin duda, es la preocupación constructiva del texto poético, el equilibrio formal, la concreción de las imágenes, la ausencia de elementos ornamentales. La parquedad de su poesía tiene que ver con una extraña sabiduría, con una capacidad de unir en unas cuantas líneas la interiorización del paisaje, la meditación sobre la circunstancia humana vinculada a la geografía y la historia, y una insólita creación de sentido que surge de una economía verbal ajena a cualquier elocuencia. Cabral repudiaba tanto la oratoria como el barroquismo.

---

<sup>1</sup> Crespo, Ángel y Pilar Gómez Bedate, “Realidad y forma en la poesía de João Cabral de Melo Neto”, tirada aparte de la *Revista de Cultura Brasileña*, Madrid, No. 8, marzo de 1964; p. 5.

«Dos palabras pueden definir el conjunto de la poesía de João Cabral de Melo Neto: coherencia y densidad», anota João Almino al inicio de su luminoso ensayo «El domador de sueño y otras imágenes de la piedra» que dedica al poeta<sup>2</sup>. Estos dos atributos, coherencia y densidad, son el resultado de la búsqueda de una peculiar poética que Almino denomina «constructivista». Esta característica de la poética de Cabral está sin duda vinculada a su atenta percepción de determinadas tendencias vanguardistas de las artes plásticas y la arquitectura del siglo XX. Cabral solía afirmar que Le Corbusier había tenido en él mayor influencia que cualquier poeta, crítico o filósofo; con tal aseveración seguramente quería destacar la importancia que para él tenía la «arquitectura» del poema. Tal poética otorga privilegio a la construcción del poema antes que a la expresión de la subjetividad del poeta. Cabral, en una entrevista que concedió a la revista *Cadernos de Literatura Brasileira* (1996), manifestó que él nunca sintió una «necesidad interior» de expresarse, por lo que la escritura de los poemas le exigían mucho trabajo<sup>3</sup>. Nada hay en su poesía de confesional, de exposición de emociones personales. Esto no quiere decir, sin embargo, que no exista en los poemas de Cabral una potente imaginación combinada con una inteligencia inquisitiva sobre la condición humana. Hay en ellos una singular mirada de la tierra, del paisaje, del desierto o los ríos o las montañas, y con ellos, de sus habitantes, que, más allá de la aparente sequedad de la expresión poética, provocan un constante desafío al lector, el cual tiene que detenerse en cada verso, en la inesperada repetición de vocablos o la invención de términos, o en las notas de humor o ironía.

En cualquier paisaje que se construya en los poemas de Cabral habrá una reminiscencia o una referencia, implícita o explícita, a los del Nordeste brasileño, a la *caatinga* o el *sertão*, a su vegetación, su aridez o sus ríos. La voz poética de Cabral pareciera emanar de esas tierras. Un poema, «Hacer lo seco, hacer lo húmedo» de *La educación por la piedra*, podría servirnos para ilustrar este matiz de su poética: «La gente de una capital entre marismas, / gente de pabilo y de charcos el alma, / se acoge bajo una música tan reseca / que va hasta el timbre de puñal, navaja. / [...] // La gente de una «Caatinga» entre sequías, / entre fechas de sequía y sequía entre fechas, / se acoge bajo una música tan líquida / que bien podría ejecutarse con agua.»<sup>4</sup>

---

<sup>2</sup> Almino, João, “El domador de sueños y otras imágenes de la piedra. La construcción de la poética de João Cabral de Melo Neto desde *Pedra da sono* hasta *Educação pela pedra*”, en *Tendencias de la literatura brasileira. Escritos en contrapunto* (pp. 184-221), Buenos Aires, Leviatán, 2010.

<sup>3</sup> *Cadernos de Literatura Brasileira. No. 1* (Número dedicado a João Cabral de Melo Neto), Brasilia, 1996. En este número, a más de la entrevista a Cabral, se publica una reseña biográfica del poeta, se reproducen algunos textos suyos, fotografías, artículos sobre él y el ensayo “A lição de João Cabral” (pp. 62-105).

<sup>4</sup> João Cabral de Melo Neto, “Fazer o seco, fazer o úmido / Hacer lo seco, hacer lo húmedo”, *La educación por la piedra* (Prólogo, traducción y notas de Pablo del Barco), Madrid, Visor, 1982, pp. 56-57.

Podemos imaginarnos al poeta pernambucano cuando llega a Quito, a 2.850 metros sobre el nivel del mar. Antes, durante el largo período en que vivió en Europa cumpliendo misiones diplomáticas en España, Londres o Ginebra, habrá contemplado cordilleras nevadas, y posiblemente habrá atravesado algunas de ellas. Pero es distinto *vivir* en las alturas, donde la nieve empieza sobre los 4.000 metros. Cuando Cabral arriba a Quito, cuando pasa por Riobamba hacia el Chimborazo, tiene ya sesenta años. ¡Cuánto le habrá costado respirar!

Los poemas de *Vivir en los Andes* se presentan como un recorrido por un tramo de la cordillera. Desde una ventana en Quito el poeta contempla el Cotopaxi, un «cono perfecto y de nieve» que por sí solo, en el cuadrilátero de vidrio, podría tomarse como modelo de geometría y constructivismo. El poeta asciende hasta el Chimborazo, al menos hasta los páramos del coloso. Los poemas son secuencias de una trayectoria por el «Corredor de los Volcanes», como solían denominar los manuales de geografía y las guías turísticas a las dos ramas paralelas de la cordillera de los Andes que atraviesan el Ecuador. Ese paisaje andino se presenta en imágenes muy concretas y concisas; basta con señalar las dos grandes montañas, el Chimborazo y el Cotopaxi, para convocar el silencio de los volcanes, que —por ahora— han renunciado a la oratoria, que «han aprendido a ser sin gritarse». Pero la imponente geografía de la cordillera contrasta con el habitante del páramo de altura, el «indio hormiga», y con el animal que —después de la conquista española— se tornó emblemático de los pajonales, la oveja.

La concisión de la imagen «indio hormiga» tiene que ver con las condiciones sociales que se impusieron a los indígenas andinos a consecuencia de la conquista ibérica, condiciones que continuaron con la república y que seguían existiendo, pese a la modernización del país, cuando Cabral estuvo en Ecuador, y que en parte continúan aun hoy día: pobreza, humillación, marginación, sometimiento a la dureza de trabajos mal remunerados. La hormiga —el insecto— se torna símbolo del trabajador sometido a una suerte de servidumbre; es a la vez imagen de la reducción a lo mínimo y paradigma del esfuerzo. Cuesta vivir y más aún trabajar en las alturas, donde falta el aire, donde la atmósfera se ha enrarecido. ¿Cómo pesa el coloso, la montaña, sobre el indio que habita en las alturas? El poeta, que siente la angustia de la falta de oxígeno, lo imagina corriendo siempre en busca del aire para llevárselo en su bolso.

La asfixia por falta de aire en las alturas se asemeja al ahogamiento en el mar, la boca angustiada de quienes sufren esa falta de aire es igual. «Era de Recife ese ahogado», dice el poema: ¿de quién habla el verso?, ¿acaso del poeta al que le falta el aire en las alturas del Chimborazo, o de otro ahogado al que recuerda? El lazo entre los «ahogados submarinos» y los «sobreandinos» establece la conexión entre los Andes y el Noreste brasileño, entre la

mole imponente de la montaña y el borde del océano, entre la nieve y los almacenes de azúcar.

Se suele considerar que hay una faceta política en la poesía de Cabral, relacionada justamente con las imágenes geográficas, con los paisajes, con la piedra —no en vano el que quizás sea su libro más importante se denomina *A educação pela pedra*—. En el caso de *Vivir en los Andes* esta «política» es evidente, no solo por la mención al «indio hormiga», sino por la caracterización de los volcanes: «A cada lado del «Corredor» / están echados: muerta es la oración, / es el vociferar, el insolentarse, / hoy no son oradores, no. // Hoy son mansas fotografías, / han aprendido a ser sin gritarse: / el tiempo les enseñó el silencio». Este poema, además, se inicia con dos versos: «Ocurre que un hombre poco volcánico / habita en el “Corredor de los Volcanes”». Este «hombre poco volcánico» es desde luego el poeta Cabral, pero podría ser también el silencioso indio que habita en los páramos de altura. Como sea, no es un «orador», no es un demagogo, no grita. El Chimborazo, como sabemos, es un volcán apagado. El Cotopaxi, por el contrario, nos amenaza permanentemente con una posible erupción que sería catastrófica, como ya lo fueron en el pasado algunas registradas desde el siglo XVI al XIX. De hecho, más recientemente, en el 2015, el volcán volvió a entrar en actividad. A más del Cotopaxi, el Tungurahua y el Reventador han tenido erupciones en los últimos años. Más al sur, se contemplan las fumarolas del Sangay. Es decir, todavía hay volcanes que vociferan, que no son solo mansas fotografías. Pero el mayor de todos, el imponente, el Chimborazo, pareciera sordo y mudo.

Justamente, es el Chimborazo el que provee de otro hilo de esa faceta «política» de *Vivir en los Andes*, pues los poemas de Cabral dialogan con *Mi delirio sobre el Chimborazo* de Simón Bolívar (1822), que puede ser considerado como un poema en prosa. En dos poemas se menciona al Libertador. Sobre el primero de ellos, «Un sueño sin ranuras», se podría interpretar que Cabral alude al poema de Bolívar por la asociación que surge entre el sueño provocado por la anestesia, la somnolencia que ocasiona la falta de aire en las alturas y el delirio. Mas junto a esta asociación hay otra que establece cierta oposición con ella, pues el poema se inicia con la imagen de la tierra muerta, de los sueños de los muertos en el enclaustramiento en sus celdas. El poema de Cabral concluye que ese sueño compacto ha perdido las llaves del discurso de Bolívar. Con ello, la referencia a Bolívar se desplaza de *Mi delirio sobre el Chimborazo* a otros discursos o ensayos suyos, tal vez el *Discurso de Angostura* (1819) o la *Carta de Jamaica* (1815), en los que el Libertador expone su idea de una unidad o federación hispanoamericana que sería fundamento de una sólida democracia. Cabe anotar, sin embargo, que mientras para Cabral el Chimborazo impone el silencio, en el *Delirio* de Bolívar —que viene también desde las tierras bajas del Orinoco y asciende al nevado siguiendo los rastros de La Condamine y Humboldt— es la voz del Infinito y del

Tiempo que se dirige al héroe para señalarle su destino: «di la verdad a los hombres». En el último poema de *Vivir en los Andes*, el Chimborazo se torna tribuna. Impone silencio, ni siquiera el viento puede cantar en sus órganos, pero quizás ese profundo silencio preserve a la montaña como altísima tribuna reservada por el tiempo «para un Bolívar que condene / a quien cierre América al fermento».

Mas la atmósfera enrarecida, la geografía sorda y muda de los Andes ecuatoriales se torna en caja de resonancia de la sobria poesía de João Cabral de Melo Neto.